

Te has preguntado ¿Cómo quiere Dios que reaccionemos ante los problemas y las crisis que llegan a nuestra vida, y que amenazan con quitarnos la paz, que nos roban la tranquilidad y nuestra comunión con él? Aunque la respuesta pareciera obvia, nuestra primera reacción ante los conflictos suele ser equivocada. Queremos pelear y dar batalla cuando debemos estar quietos y esperar lo que Dios hará; y estamos quietos y sin reacción cuando deberíamos defendernos y actuar.

La Biblia presenta la historia de dos héroes que tomaron acciones distintas ante situaciones de conflicto. Aunque no hicieron lo mismo, tuvieron en común una confianza plena y determinada en Dios, y en lo que él haría en su favor. David, quien entonces era un joven pastor de ovejas, visitaba a sus hermanos, en el campamento de Israel, cuando escuchó indignado las blasfemias y amenazas del gigante filisteo, que se burlaba de Dios y de su pueblo; y que diariamente insultaba y amedrentaba al ejército israelí. Era tal el miedo que provocaba con su gran tamaño y con sus amenazas, que ninguno tenía el valor de hacerle frente. ¿Quién es este incircunciso? ¿quién se cree para insultar así al Dios de los cielos y a su pueblo, y para amenazarlo? Preguntó David. Y decididamente dijo: yo pelearé con él, pues está ofendiendo a Dios y a sus hijos. Y Jehová lo entregará hoy en mi mano. Y aunque era pequeño y joven, y no estaba entrenado como soldado para pelear en una guerra, y su rival era el guerrero campeón de los filisteos, él confió en que Dios era más grande y poderoso que su rival, y que con solo una onda y una piedrecita, podía ayudarlo a vencer. Y así fue. David Peleó esa batalla y Dios le dió la victoria. (1 Samuel 17:23-50)

Josafat reinaba sobre Judá, cuando los reyes de Moab, Edom, Amón y Siria, hicieron alianza y juntaron sus ejércitos con el plan de exterminar al pueblo de Dios. Josafat se llenó de temor, y aunque se preparó para la batalla, buscó primero la protección de Dios. Humilló su rostro delante de Jehová, pregonó ayuno a todo el pueblo, e hizo que todos clamaran a Dios por su intervención. La respuesta de Dios no se hizo esperar. Mientras oraban y alababan a Jehová, les envió un mensaje a través de uno de los Levitas, diciendo: “No tengan miedo, ni se asusten ante este gran ejército, porque Jehová peleará por vosotros” no habrá para que ustedes peleen. Quedense quietos y vean la salvación de Jehová por ustedes. (2 Crónicas 20: 15-17)

La manera en que Dios actuó y solucionó la amenaza contra Judá fue asombrosa. A ningún ser humano se le hubiese ocurrido lo que Dios iba a hacer. Parece tan increíble, que a veces, en situaciones de crisis en nuestra vida, no creemos que Dios pueda hacer lo mismo, y pensamos por nosotros mismos: El Señor hará esto, o aquello, por que eso es a nuestro entender la solución adecuada para ese problema o conflicto. Pero Dios se deleita en Sorprendernos y mostrarnos su inigualable poder. El relato es fiel. El pueblo de Dios solo tuvo que estar quieto. Y después de clamar, orar y alabarle, Dios los libró de sus enemigos.

Dos maneras de reaccionar ante los conflictos que vienen sobre nosotros. Pelear, ir a la batalla, o estar quietos y esperar lo que Dios hará. Pero no te confundas, ambas historias tienen en común lo que podemos llamar “La solución a la crisis”, que es: “La confianza plena en Dios y el reconocimiento de su voluntad”. Pero ¿Cómo podemos reconocer en qué situación debemos pelear y en cuál estar quietos? Te preguntarán. La respuesta es sencilla: únicamente preguntándole a Dios cómo quiere que reaccionemos; qué quiere EL que nosotros hagamos. Con la certeza que El conoce la solución. Su palabra dice: *“Por nada estén preocupados, sino, presenten todas vuestras peticiones ante Dios en oración y ruego, con agradecimiento. Y la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y pensamientos en Cristo Jesús”* (Fil 4: 6, 7)

Esto significa, como lo dice su palabra, caer de rodillas, a solas, orar y clamar hasta que Dios nos muestre cuál es la salida, y cuál es su voluntad. Sonaré recurrente al decirte nuevamente que si Dios hizo milagros por sus hijos hace 4000 años, los puede igual hacer hoy por tí, pues su palabra dice: *“Jesucristo es el mismo, ayer, y hoy, y por los siglos”*. (Hebreos 13:8)

Podemos ver hoy esas dos historias como muestras de victorias grandiosas, únicamente, porque sus protagonistas estuvieron dispuestos a hacer aquello que Dios los impresionó a hacer.

En los conflictos y problemas que enfrentamos, no debemos buscar primero nuestra propia solución, ni actuar impulsivamente sin buscar la dirección divina. El conoce nuestra vida. Sabe de nuestros problemas y debilidades, pero quiere guiarnos y darnos fortaleza para vencer con su poder todos los conflictos y situaciones adversas que nos llegan. El ha declarado en su palabra: *“No temas por que YO estoy contigo; no desmayes por que Yo soy tu Dios que te esfuerza; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia”* (Isaías 41:10)

Si hoy enfrentas conflictos, recuerda que El Señor está contigo, es tu sustentador. El es quien te da fuerzas, es tu ayudador. Pero ¿Estás dándole a Dios el lugar que le corresponde en tu vida? Puede que estés enfrentando conflictos, o situaciones difíciles, las hayas buscado o no. Parecen a veces venir solas, y nos quitan la paz y la tranquilidad, y también quieren destruir tu fé. Pero no desesperes. Busca a tu Dios en oración y clama por sabiduría y por su intervención. Ya sea que debas defenderte o estar quieto y ver como hace El un milagro. Su respuesta vendrá. Y si le das a Él el primer lugar, y buscas su voluntad para ti, la tuya será también una “Grandiosa Historia de Victoria”.